

—Excelencia, de parte de la señora de Franchi que la cena está servida.

—Está bien, Griffó, respondió Luciano; diga V. á mi madre que al punto estamos con ella.

Dichas estas palabras, el joven se salió del gabinete, vestido de montañés, es decir con redonda chaqueta de terciopelo, calzas y polainas; del traje de montar sólo había conservado la cartuchera que le ceñía la cintura.

Franchi me encontró ocupado en contemplar dos carabinas colgadas una frente á la otra y ambas con la siguiente inscripción incrustada en la culata: *21 de setiembre de 1819, á las once de la mañana.*

—¿También son armas históricas estas carabinas? pregunté.

—Sí, señor, á lo menos para nosotros. Una de ellas es la de mi padre...

—¿Y la otra? pregunté al ver que Luciano se interrumpía.

—La otra, respondió Luciano echándose á reír, es la de mi madre. Pero bajemos al comedor, ya sabe V. que nos están aguardando.

Y adelantándoseme para indicarme el camino, Franchi me hizo seña de que lo siguiese.

V

Confieso que la última respuesta de mi hospedador me despertó en grado máximo la curiosidad.

—¡Cómo! decía para mí, ¡la carabina de su madre!

Esto hizo que me fijara todavía más que no en la primera entrevista, en la señora de Franchi.

Su hijo, al entrar en el comedor, le besó respetuosamente la mano, y ella recibió este homenaje con la dignidad de una reina.

—Perdone V., madre, si la hemos hecho esperar, dijo Luciano.

—En este caso, dije yo inclinándome, mía es la culpa; el señor Luciano me ha referido y mostrado cosas tan curiosas, que con mis interminables preguntas le he hecho retardar.

—Sosíguese V., repuso la señora Savilia, acabo de bajar ahora mismo. Y volviéndose hacia su hijo, añadió: Anhelaba verte para pedirte nuevas de Luis.

—¿Por desventura estaría enfermo el hijo de V.? pregunté á la señora de Franchi.

—Luciano así lo teme, respondió la dama.

—¿Ha recibido V. carta de su hermano? pregunté á mi joven hospedador.

—No, señor, y esto es lo que me trae desasosegado.

—Entonces, ¿cómo sabe V. que está enfermo?

—Porque estos días pasados lo he estado yo.

—Perdóneme V. mis eternas preguntas, pero eso no me explica...

—¿No sabe V. que somos mellizos?

—Sí, señor, mi guía me lo ha dicho.

—Pero lo que tal vez no ha dicho á V. su guía, es que mi hermano y yo vinimos al mundo unidos por el costado.

—Ignoraba esta circunstancia.

—Pues bien, para separarnos fué menester que se hiciese uso del escalpelo; de ahí que, por más que ahora estemos tan distantes uno de otro, siempre tenemos un mismo cuerpo, por manera que cuando uno de los dos siente una impresión física ó moral, de rechazo la siente el otro. Pues bien, estos días, sin causa alguna, he estado triste, taciturno y sombrío, y he sentido dolorosas opresiones de corazón: luego es evidente que mi hermano tiene alguna pesadumbre.

Yo miraba con asombro á aquel joven, que me afirmaba una cosa tan extraña, al parecer con todo convencimiento.

La señora Savilia, que parecía participar de la convicción de Luciano, se sonrió con tristeza y dijo:

—Los ausentes están en la mano de Dios. Lo primordial es que tú sepas que vive.

—Como hubiese muerto, profirió Luciano con toda tranquilidad, lo hubiera visto.

—Y tú me lo habrías dicho, ¿no es verdad, hijo mío?

—Sin demora, se lo juro á V., madre.

—Bien, profirió la señora Savilia. Y volviéndose hacia mí, continuó: Perdone V., caballero, si ante usted no he sabido refrenar mi inquietud maternal: es que no sólo Luis y Luciano son mis hijos, pero también los últimos de nuestro apellido... Hágame usted la merced de sentarse aquí, á mi derecha, y tú, Luciano, siéntate aquí, á mi izquierda.

Los tres nos sentamos al extremo de larga mesa, en el cabo opuesto de la cual había otros seis cubiertos destinados á lo que en Córcega apellidan la familia, esto es á esos personajes que, en las grandes casas, ocupan el término medio entre los amos y los criados.

La mesa estaba copiosamente servida. Sin embargo, confieso que, aunque en aquel momento sentía una hambre devoradora, me limité á saciarla materialmente, sin que mi preocupado espíritu me permitiese saborear ninguno de los delicados placeres de la gastronomía.

En efecto, parecióme, al poner los pies en aquella casa, haber entrado en otro mundo, en el cual vivía como en sueños.

¿Qué mujer era aquella que tenía su carabina como un soldado?

¿Qué era aquel hermano que sentía los mismos dolores que su hermano, á trescientas leguas de él?

¿Qué madre era aquella que hacía jurar á su hijo presente, que si veía á su otro hijo ausente muerto, se lo diría?

El lector no podrá menos de convenir en que en todo cuanto me pasaba había materia abundante para la reflexión.

Con todo eso, como advertí que mi silencio era incivil, levanté la frente y moví á uno y otro lado la cabeza como para apartar de mí tales ideas.

Madre é hijo comprendieron sin tardanza que yo

quería anudar la conversación, tanto que Luciano, como continuando una plática interrumpida, me dijo:

—¿Conque se ha decidido V. á venir á Córcega?

—Ya lo ve V., respondí: lo tenía proyectado hace mucho tiempo, y al fin me he decidido.

—Ha hecho V. bien en no tardar demasíadamente, pues dentro de algunos años, con la sucesiva invasión de los gustos y costumbres franceses, los que vengan en busca de la Córcega ya no la hallarán.

—En todo caso, argüí, si el antiguo espíritu nacional retrocede ante la civilización y se refugia en algún rincón de la isla, de fijo que será en la provincia de Sarteno y en el valle del Tavano.

—¿V. lo cree así? me dijo sonriéndose Luciano.

—Tengo para mí que lo que veo en mi derredor, aquí mismo, es un hermoso y noble cuadro de las antiguas costumbres corsas.

—Es verdad, y sin embargo, entre mi madre y yo, frente á cuatro cientos años de recuerdos, en esta misma casa con almenas y barbancas, el espíritu francés ha venido á buscar á mi hermano, y se lo ha llevado á París, de donde va á regresar hecho un abogado. Luis habitará en Ajaccio en vez de habitar en la casa de sus padres; ejercerá la abogacía, y, si tiene talento, quizá lo nombren fiscal de S. M. Entonces perseguirá á los pobres diablos que hayan hecho un *pellejo*, como dicen aquí por antífrasis, y confundiendo al asesino con el matador, como V. lo ha confundido hace poco, pedirá, en nombre de la ley, la cabeza de aquellos que habrán hecho lo que sus padres tenían á oprobio no hacerlo; sustituirá el juicio de los hombres al juicio de Dios, y, al llegar la noche, después de haber reclutado una cabeza para el verdugo, se

dará á entender que ha servido á su patria, que ha aportado su piedra al templo de la civilización, que dice nuestro prefecto... ¡Válgame Dios!

Luciano, al proferir estas últimas palabras, levantó los ojos hacia el cielo como debió de hacerlo Aníbal después de la batalla de Sama.

—Sin embargo, repliqué, ya ve V. que Dios ha contrapesado las cosas, pues á la par que ha hecho al hermano de V. secuaz de los nuevos principios, ha hecho á V. partidario de las antiguas costumbres.

—Sí; pero ¿quién me asegura á mí que mi hermano no siga el ejemplo de su tío en vez de seguir el mío? Y aun yo mismo, ¿no hago cosas indignas de un Franchi?

—¿Usted? exclamé con pasmo.

—Sí, señor, yo. ¿Quiere V. que le diga qué ha traído á V. á la provincia de Sarteno?

—Vamos á ver.

—Le ha traído su curiosidad de hombre de mundo, de artista ó de poeta: ignoro qué es V., y cuenta que no se lo pregunto; ya nos lo dirá V. cuando se vaya, si le place el decirlo, y si no, es usted muy libre de callárselo... Pues sí, V. ha venido en la esperanza de ver alguna aldea entregada de lleno á la venganza, de que le pusiesen en relaciones con algún bandido bien original, como los que Merimee ha pintado en su *Paloma*.

—¡Hombre! parece que no he llegado tan fuera de sazón como eso, repliqué; ó he visto mal, ó esta casa es la única de la aldea que no está fortificada.

—Lo cual prueba que yo también degenero; mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, cualquiera de mis antepasados, se habría afiliado en uno de los dos bandos que hace diez años dividen la aldea. Pues

bien, ¿sabe V. qué pito toco yo en todo ese fregado, en medio de los fusilazos y las cuchilladas? ¡Soy árbitro! V. ha venido á la provincia de Sarteno para ver bandidos, ¿no es verdad? Pues bien, venga V. conmigo esta noche y le mostraré uno.

—¿Cómo! ¿V. consiente que yo le acompañe?

—De mil amores, si esto puede servir á V. de distracción.

—Acepto de bonísima gana.

—El caballero está muy fatigado, dijo la señora Savilia mirando á su hijo como si hubiese compartido con éste la vergüenza de ver degenerada de tal suerte la isla de Córcega.

—Al contrario, madre, repuso Luciano, es preciso que venga; así, cuando en algún salón parisiense hablen en presencia del caballero de las terribles venganzas y de los implacables bandidos de esta tierra que todavía hacen ciscar de miedo á los niños de Bastia y de Ajaccio, á lo menos podrá encoger los hombros y decir lo que verdaderamente hay.

—Pero, ¿qué originó la gran contienda que, según desprendo de lo que V. me dice, está á punto de apaciguarse?

—¡Oh! dijo Luciano, en una contienda no es la causa lo importante, sino el efecto. Si una mosca enconada ocasiona la muerte de un hombre, no por eso deja de haber un hombre muerto.

Ví que el joven Franchi titubeaba en decirme la causa de la guerra terrible que hacía diez años desolaba la aldea de Sullacaro; pero cuanto más se encerraba él en la discreción, más exigente me mostraba yo.

—Sin embargo, dije, esa contienda ha tenido una causa. ¿Por ventura no puede saberse qué la originó?

—La contienda se inició entre los Orlandi y los Colona.

—¿Por qué?

—Verá V.: del corral de los Orlandi se escapó una gallina que fué á parar en el de los Colona. Los Orlandi fueron á reclamar su gallina, y como los Colona sostuvieron que la gallina les pertenecía, les amenazaron con citarles ante el juez de paz y hacerles prestar juramento. Entonces la madre de los Colona, que tenía en la mano la gallina, retorció el cuello al ave y se la arrojó á la cara de su vecina, diciéndole: «Ya que es tuya, cómetela.» Uno de los Orlandi levantó por las patas la gallina é hizo ademán de golpear con ella á la que la había arrojado á la cara de su hermana; pero en el instante en que levantó la mano, un Colona, que por desgracia empuñaba su escopeta cargada, le envió á quema ropa una bala y lo tendió en el sitio.

—¿Cuántas vidas ha costado esta pendencia?

—Nueve.

—¿Nueve vidas por una mísera gallina que valía doce sueldos?

—Ya he dicho á V. hace poco que no hay que fijarse en las causas, sino en los efectos.

—¿Y porque han perecido nueve personas es menester que muera otra?

—Ya ve V. que no, pues soy árbitro.

—Supongo que á ruego de una de las familias, ¿no es así?

—No, señor, sino á ruego de mi hermano, á quien hablaron del asunto en casa del ministro de gracia y justicia. ¿Me hace V. el favor de decirme qué diantre les importa en París lo que pasa en una miserable aldea de Córcega? De fijo que es el prefecto el que nos ha jugado esta treta, escribiendo á París que, si á mí me diese la gana, todo eso

acabaría como un sainete, es decir con una boda y una copla al público. Sí, el prefecto habrá escrito á mi hermano, que ha cogido la pelota al vuelo y me ha enviado una carta diciéndome que había empeñado en mi nombre su palabra. ¡Qué quiere V.! añadió Luciano irguiendo la cabeza, no quiero que en París puedan decir que un Franchi había empeñado la palabra de su hermano, y que su hermano no ha hecho honor al compromiso.

—¿Luego ha venido V. á las partes?

—Mucho me lo temo.

—¿Y esta noche vamos á ver al jefe de uno de los dos bandos?

—Sí, señor; anoche me avisté con el otro.

—¿Es un Orlandi ó un Colona el que vamos á visitar?

—Un Orlandi.

—¿Está lejos de aquí el lugar de la cita?

—Tenemos que avistarnos en las ruinas del castillo de Vicentello de Istria.

—¡Ah! es verdad; hanme dicho que esas ruinas estaban en las cercanías.

—A una legua escasa.

—Luego llegaremos allá en tres cuartos de hora.

—A lo sumo.

—Repara, Luciano, dijo la señora Savilia, que hablas para tí. Tú, que eres montañés, apenas si necesitas tres cuartos de hora; pero el caballero no podrá pasar por los caminos que tú.

—Dice V. bien, madre; necesitaremos á lo menos hora y media.

—Así pues no hay tiempo que perder, repuso la señora de Franchi consultando el péndulo.

—Madre, dijo Luciano, ¿nos da V. licencia para marcharnos?

La señora Savilia tendió la mano, que el joven besó con el mismo respeto que al llegar.

—Sin embargo, me dijo Luciano, si V. prefiere acabar con toda tranquilidad la cena, subirse á su cuarto, y calentarse los pies fumando un puro...

—No, no, exclamé. ¡Diantrel me ha prometido usted un bandido, y no me quedo sin él.

—Pues vamos por nuestras escopetas, y andando.

Saludé respetuosamente á la señora Savilia, y nos salimos precedidos de Griffó, que nos alumbraba.

Nuestros preparativos no fueron largos.

Me ceñí un cinturón de viaje que me hice labrar ex profeso en París poco antes de mi partida, y del cual pendía un como cuchillo de monte, y encerraba, en un lado, pólvora, y en el otro perdigones.

Luciano, por su parte, reapareció con su cartuchera, una escopeta de dos cañones de Mantón, y un gorro puntiagudo, obra maestra de bordadura salida de manos de alguna Penélope de Sullacaro.

—¿Voy con vucencia? preguntó Griffó.

—No, respondió Luciano; basta que sueltes á Diamante; será fácil que nos haga levantar algún faisán, y con la hermosa luna que hace podremos tirar como en mitad del día.

Poco después aullaba de alegría á nuestro alrededor un corpulento sabueso.

—De molde, dijo Luciano cuando estuvimos á diez pasos de la casa y volviéndose hacia Griffó, advierte á los vecinos de la aldea que si oyen algún tiro en la montaña no se alarmen; los habremos disparado nosotros.

—Nada tema vucencia.

—Sin esta precaución, me dijo Luciano, quizá se habrían dado á entender que habían empezado

de nuevo las hostilidades, y habríamos oído resonar en las calles de Sullacaro el eco de nuestras escopetas.

Nos adelantamos todavía algunos pasos, y luego nos metimos por una callejuela que se hacía á la derecha mano y conducía directamente á la montaña.

VI

Aunque apenas había principiado marzo, hacía un tiempo magnífico, y pudiera haberse dicho caluroso, si no hubiese soplado una deliciosa brisa que, á la par que nos refrescaba, nos traía el acre y vivaz olor del mar.

La luna, clara y brillante, se elevaba á espaldas del Cagna, y derramaba cascadas de luz sobre la vertiente occidental que parte la Córcega en dos mitades, y hace, digámoslo así, de una sola isla dos países diferentes siempre en guerra, ó á lo menos odiándose mutuamente.

A compás que íbamos subiendo, y que las gargantas por donde corre el Tavano se sepultaban en una oscuridad cada vez más impenetrable, veíamos en el horizonte el Mediterráneo, semejante á inmenso espejo de bruñido acero.

Oíanse ciertos rumores peculiares á la noche, ó ya sea porque de día los absorben otros rumores, ó ya porque verdaderamente despiertan con las tinieblas; rumores que producían, no en Luciano, que, familiarizado con ellos, podía conocer su origen, sino en mí, á quien eran extraños, sensaciones inexplicables que mantenían constantemente

en mi espíritu la emoción que nos hace mirar con hondo interés cuanto nos rodea.

Llegados á una especie de pequeño empalme donde el camino se dividía en dos, es decir en un camino que al parecer ceñía la montaña, y un sendero apenas visible que conducía en derechura á lo alto de ella, Luciano se detuvo y me preguntó:

—¿Tiene V. montañeses los pies?

—Los pies sí, pero no la vista, respondí.

—¡Ah! ¿padece V. vértigos?

—Sí; el vacío me atrae por manera irresistible.

—Pues tomemos por ese sendero, que no ofrece más dificultad que la de ser escabroso.

—¡Oh! en cuanto á eso, tanto se me da.

—Pues adelante; nada menos nos ahorramos tres cuartos de hora de camino.

—Ea, tomemos por ese sendero.

Luciano se internó en un bosquecillo de carras-cas, y yo eché tras Luciano.

Diamante iba á cincuenta ó sesenta pasos de nosotros, venteando á derecha y á izquierda, para regresar luego al sendero, meneando alegremente el rabo para anunciarnos que podíamos sin peligro alguno y confiados en su instinto, continuar tranquilamente nuestro camino.

Echábase de ver que, como los caballos que con dos fines alimentan ciertos semi elegantes, corredores de cambios por la mañana y pisaverdes por la tarde, y que á la vez quieren una bestia de silla y de cabriolé, Diamante estaba educado para la caza del bípedo y del cuadrúpedo, ó si decimos el bandido y el jabalí.

Para no aparentar que era del todo extraño á las costumbres corsas, participé mi observación á Luciano.

—Se engaña V., me dijo Franchi; cierto es que

Diamante caza á la vez al hombre y al animal; pero no es el bandido el hombre á quien caza.

—¿A qué hombres caza pues?

—A los gendarmes, á los soldados, á los voluntarios.

—¡Cómo! exclamé, ¿luego Diamante es un perro de bandido?

—Sí, señor. Diamante pertenecía á un Orlandi, á quien yo enviaba de vez en cuando, en el campo, pan, pólvora, balas y cuanto necesita un bandido. Muerto el Orlandi aquel á manos de un Colona, al día siguiente recibí su perro, que acostumbrado á venir á mi casa, pronto se familiarizó conmigo.

—Pero ¿no he visto yo otro perro desde mi cuarto, ó por mejor decir desde la ventana del cuarto de V.?

—Sí, señor, aquel otro perro es Brusco, y tiene las mismas cualidades que este; pero así como este pertenecía á un Orlandi matado por un Colona, el otro era de un Colona á quien mató un Orlandi: de lo cual se sigue que cuando voy á ver á un Colona, me llevo á Brusco, y al revés, cuando tengo que habérmelas con un Orlandi, desato á Diamante. Si por desgracia sueltan á los dos á un tiempo, se devoran. Ya ve V. pues, continuó Luciano sonriéndose con amargura, que los hombres pueden reconciliarse, hacer las paces, comulgar con la misma hostia, pero los perros nunca comerán en la misma escudilla.

—Ahí dos verdaderos perros corsos, dije riéndome; pero tengo para mí que Diamante, como todos los corazones modestos, ha hurtado el cuerpo para sustraerse á nuestras alabanzas; desde que hablamos de él ha desaparecido.

—Nada tema V., profirió Luciano. Ya sé donde está.

—¿Dónde, si no soy indiscreto?

—En el *Mucchio*.

Aun á pique de abusar de la amabilidad de mi interlocutor, iba á dirigirle una nueva pregunta, cuando llegó á nosotros un aullido tan triste, tan prolongado, tan lamentable, que me estremecí, me detuve, y, tocando con la mano el brazo de mi compañero, le dije:

—¿Qué es eso?

—Nada; es Diamante que llora.

—¿Y á quién llora?

—A su amo... ¿Le parece á V. si los perros son hombres, para olvidar á los que los han amado?

—¡Ah! comprendo, dije.

Diamante lanzó otro aullido más prolongado, más triste y más lamentable todavía que el primero.

—Me ha dicho V. que habían matado á su amo, y nos acercamos al sitio donde le quitaron á aquél la vida, ¿no es verdad?

—Esto es, respondió Luciano, y Diamante se ha separado de nosotros para ir al *Mucchio*.

—¿Luego el *Mucchio* es la tumba?

—Sí, señor, es decir el *Mucchio* es el monumento que cada viandante levanta sobre la huesa de todo hombre asesinado, arrojando sobre ella una piedra y una rama. De ahí que en vez de borrarse, como las huesas comunes, al paso del gran nivelador á que apellidamos el tiempo, la tumba de la víctima se agranda incesantemente, como símbolo de la venganza que debe sobrevivirle y agrandarse sin cesar en el corazón de sus deudos más allegados.

Diamante exhaló un tercer aullido, pero ahora tan cerca de nosotros, que no pude menos de estremecerme por más que la causa de él me fuese conocida.

En efecto, al revolver de un sendero y á unos

veinte pasos de nosotros ví blanquear un montón de piedras que formaba una pirámide de seis á ocho palmos de altura. Era el *Mucchio*.

Diamante estaba sentado al pie de aquel extraño monumento, con el cuello tendido y las fauces abiertas.

Luciano cogió una piedra, y quitándose su gorro, se acercó al *Mucchio*.

Yo hice lo mismo.

Al llegar junto á la pirámide, Franchi desgarró una rama de carrasca, la arrojó al *Mucchio* después de haberlo hecho con la piedra, y luego se persignó apresuradamente; costumbre corsa si las hay, y á la cual el mismísimo Napoleón I pagaba tributo en ciertas circunstancias terribles.

Yo imité en un todo á Luciano, y ambos anudamos la marcha silenciosos é imaginativos, dejando atrás á Diamante.

Unos diez minutos después oímos un postrer aullido, y casi al punto pasó junto á nosotros con las orejas gachas y el rabo entre piernas, Diamante, que anduvo de esta suerte un centenar de pasos, y luego volvió á su oficio de explorador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

30013

VII

Nosotros seguíamos avanzando, y, como ya me lo advirtiera Franchi, el sendero iba haciéndose cada vez más escarpado.

Entonces tercié mi escopeta para hacer uso de las manos. En cuanto á mi guía, seguía caminando como si tal cosa, y, al parecer, ni siquiera se había dado cata de la escabrosidad del terreno.

Tras algunos minutos de ascenso al través de las rocas, y con ayuda de las plantas trepadoras y de las raíces, llegamos á una como plataforma dominada por algunos arruinados muros, que no eran otros que los del castillo de Vicentello de Istria, término de nuestro viaje.

Al cabo de cinco minutos de un nuevo ascenso todavía más dificultoso y escarpado que el primero, Luciano, llegado á la última galería, me tendió la mano y tiró de mí, diciéndome:

—Ea, para un parisiense no se ha portado V. mal.

—Eso es debido, repuse, á que el parisiense á quien acaba V. de prestar ayuda en su último salto ha hecho ya algunas excursiones por el estilo.

—Es verdad, exclamó Luciano echándose á reír; ¿no hay cerca de París una montaña á la que dan el nombre de Montmartre?

—Sí; pero además de Montmartre, de la que no reniego, he subido á otras montañas, tales como el Righi, el Faulhorn, la Gemmi, el Vesubio, el Estromboli y el Etna.

—¡Diablos! ahora va á ser V. quien me mire con desdén; yo únicamente he subido al monte Rotondo. Sea lo que fuere, hemos llegado, que es lo que hacía al caso. Cuatro siglos atrás, mis antepasados hubieran abierto á V. la puerta de este castillo, y le habrían dado la bienvenida. Hoy su descendiente muestra á V. esta brecha y le dice: «Bien llegado sea V. á nuestras ruinas.»

—¿Luego este castillo pertenece á la familia de usted desde la muerte de Vicentello de Istria? pregunté á mi compañero, anudando la conversación donde la habíamos dejado.

—No, señor; pero antes de nacer Vicentello, era la morada de nuestra antecesora, la famosa Savilia, viuda de Luciano de Franchi.

—¿No refiere Filippini una historia terrible referente á esa mujer?

—Sí, señor. Como ahora fuese de día, desde aquí podría V. ver aún las ruinas del castillo del Valle, en el que habitaba el señor de Giudice, tan odiado cuanto ella era amada, tan feo cuanto ella hermosa. Giudice se enamoró de mi antecesora, y como ella no se apresurara á corresponder á tal amor conforme á sus deseos, le envió un propio diciéndole que si no se decidía á aceptarlo por esposo dentro de un plazo determinado, se la haría suya á la fuerza. Savilia hizo que accedía, y convidó á comer con ella á Giudice. El cual, en el colmo de la alegría y olvidando que sólo llegara á tan

lisonjero resultado con ayuda de la amenaza, compareció al convite acompañado únicamente de algunos servidores, tras los cuales cerraron la puerta. Cinco minutos después, Giudice estaba encerrado en un calabozo.

Pasé por el camino que Luciano me indicara, y me hallé en una especie de patio cuadrado.

Al través de los huecos abiertos por el tiempo, la luna extendía grandes manchas de luz por el suelo, lleno de escombros. En cuanto á las demarcaciones de terreno, estaban envueltas en la sombra proyectada por los muros que se conservaban en pie.

—¡Ah! dijo Franchi consultando su reloj, hemos llegado con veinte minutos de anticipación. Sentémonos; debe de estar V. fatigado.

Nos sentamos, ó más bien dicho nos tendimos en una pendiente alfombrada de césped frontera de una gran brecha.

—Paréceme que no me ha contado V. por entero la historia de su antepasada, dije á mi compañero.

—No, contestóme Luciano, no se la he contado á V. hasta el fin. Pues bien, todas las mañanas y todas las tardes, Savilia bajaba al calabozo contiguo al en que estaba encerrado Giudice, y allí, parada de él tan sólo por una reja, se desnudaba, y, mostrándose al cautivo, le decía: «¿Cómo es posible que un hombre tan feo como tú pueda haberse dado á entender que poseería este cuerpo?» Este suplicio duró tres meses, renovándose dos veces por día; pero al cabo de los tres meses y gracias á una doncella de Savilia á quien sobornó, Giudice logró fugarse, y volviendo con todos sus vasallos, mucho más numerosos que los de Savilia, tomó por asalto el castillo, se hizo á su vez dueño de Savilia, y la expuso desnuda, en una

gran jaula de hierro, en una encrucijada del bosque llamada Boca de Cilaccia, ofreciendo él mismo la llave de la jaula aquella á cuantos viandantes tentaba la hermosura de mi antepasada, que sólo sobrevivió tres días á aquella pública prostitución.

—Vamos, que en punto á venganza, dije á Franchi, los antepasados de ustedes no eran tan desmañados como eso, y aun tengo para mí que sus descendientes han degenerado un tantico al deshacerse de sus enemigos á escopetazos ó á puñaladas.

—Sin contar que acabarán por no matarse. Pero á lo menos no ha pasado así en nuestra familia. Los dos hijos de Savilia, que se encontraban en Ajaccio bajo la tutela de su tío, fueron educados como verdaderos corsos, y continuaron hostigando á los hijos de Giudice. Aquella guerra duró cuatro siglos, y no terminó hasta las once de la mañana del 21 de setiembre de 1819, como puede V. haberlo visto en las carabinas de mi padre y de mi madre.

—En efecto, repuse, me acuerdo de esta inscripción, de la que no he tenido tiempo de preguntar á V. el porqué de ella, pues en el instante en que he acabado de leerla nos hemos bajado á cenar.

—La explicación es muy sencilla, dijo Luciano. En 1819, no quedaban más que dos hermanos de la familia Giudice, y de la familia Franchi, sólo mi padre, casado con su prima. Tres meses después de la boda de mi padre, los Giudice resolvieron acabar de una vez con nosotros, á cuyo efecto uno de los hermanos se emboscó en el camino de Oimedo para esperar á mi padre, mientras el otro, aprovechando la ausencia de aquél, debía asaltar nuestra casa. Todo se llevó á cabo según el plan que dejo expuesto, pero los resultados fueron muy

distintos de lo que esperaran los agresores. Mi padre, advertido, estuvo ojo avizor, y mi madre, advertida también, concentró á nuestros pastores, por manera que en el momento de aquel doble ataque, mi padre estaba pronto á la defensa en la montaña, y mi madre en su dormitorio. Ahora bien, á los cinco minutos de haber empezado el combate, los dos hermanos Giudice caían muertos, el uno á manos de mi padre, y á manos de mi madre el otro. Al ver caer á su enemigo, mi padre consultó su reloj, y vió que eran *las once*, y mi madre, al ver también caer á su enemigo, se volvió hacia el péndulo, y observó que eran *las once*. Todo había concluido al mismo tiempo, dentro del mismo minuto; ya no existía ningún Giudice, su linaje estaba destruido. La familia Franchi, victoriosa, de entonces más gozó de paz y tranquilidad, y como se había portado como buena durante aquella guerra de cuatro siglos, no volvió á inmiscuirse en cosa alguna; lo único que hizo mi padre, fué mandar grabar la fecha y la hora de aquel singular acontecimiento en la culata de cada una de las carabinas que sirvieran de instrumento de muerte contra los Giudice, y las colgó una á cada lado del péndulo, en el sitio mismo en que V. las ha visto. Siete meses después, mi madre dió á luz dos mellizos, uno de los cuales soy yo, el corso Luciano y servidor de usted, y el otro el filántropo Luis, mi hermano.

En esto y en una de las porciones del terreno iluminado por la luna, ví proyectarse la sombra de un hombre y la de un perro. Era la sombra del bandido Orlandi y la de nuestro amigo Diamante.

Al mismo tiempo oímos el reloj de Sullacaro que sonaba lentamente las nueve.

Maese Orlandi, por lo que deduje, opinaba como Luis XV, que, como es sabido, tenía por máxima

que la puntualidad es la galantería de los reyes.

Era imposible ser más puntual que lo fué aquel rey de la montaña, á quien Luciano había citado para aquel sitio á las nueve.

Al ver á Orlandi, mi compañero y yo nos levantamos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

—¿No ha venido V. solo, señor Luciano? preguntó el bandido.

—No le inquiete á V. eso, Orlandi, respondió mi guía; el caballero es un mi amigo que ha oído hablar de V. y desea conocerlo, y al cual he creído no deber negarle este gusto.

—Bienvenido sea el caballero al campo, dijo el bandido inclinándose y acercándose á nosotros.

Yo le devolví el saludo con la más puntual civilidad.

—¿Hace rato que están ustedes aquí? continuó Orlandi.

—Unos veinte minutos.

—Esto es: he oído la voz de Diamante que aullaba en el Mucchio, y hace ya un cuarto de hora que ha venido á mi encuentro. ¿Verdad que es una bestia buena y leal, señor Luciano?

—Usted lo ha dicho, Orlandi, buena y leal, contestó Franchi acariciando á Diamante.

—¿Por qué no ha venido V. más pronto si sabía que el señor Luciano estaba aquí? pregunté al bandido.